

Sobre Darío

Tomás Carrasquilla

Siempre fueron estas Américas hispánicas, desde los tiempos coloniales, fecundas en poetas, poetisas y humanistas; pero la Madre España, por más que le chocasen letrados en sus tierras, ni caso haría de tales embelecros. Si mucho, les concedería el privilegio de su atención, sacra y real, a uno que otro de sus súbditos de aquende el mar Caribe. En México, a la famosa monja y al renombrado Alarcón; en el Perú, al historiador, homónimo del toledano Garcilaso de la Vega; en Nueva Granada, a la carmelita tunjana y a García de Tejada, autor del gran soneto "A Cristo crucificado", a la vez que del poema aquel tan nauseabundo como insigne. En los otros Virreinos y en las Capitanías, no sé a quiénes.

Emancipada la América, decaída España con la epopeya contra Napoleón, destrozada en las contiendas intestinas por las ramas y las reformas de su monarquía, no era para que madre tan despojada y maltrecha parase mientes, siquiera para reconquistarlos, en estos rebeldes que habían armado rancho aparte. Y eso que por entonces resonaban por estos Andes los bronces heroicos de Olmedos y de Ortices, el estro nemoroso de Bello, las gestas de Arbolada, las leyendas pamperas de Obligado, las armonías de Mora y de Calcaño, de Eusebio Caro y de Eusebio Lillo; y esas sinfonías de todo el continente, con himnos a la libertad, a la patria, a los héroes, al amor y a la naturaleza, en que el eterno femenino tomara tanta parte.

De todos estos bardos ¿cuáles y cuántos repercutieron en España? Ventura de la Vega, porque allá vivía; la Avellaneda y Camprodón, porque aún eran súbditos. Necesarios fueron

el afianzarse y constituirse de los países hispano-americanos, la paz europea, la ley del tiempo, el advenimiento de la crítica y la difusión intelectual, para que los españoles se ocupasen de los poetas de este hemisferio. Rubio y Lluch, Menéndez Pelayo y Valera, por allá en el último cuarto del siglo próximo pasado, estudiaron los más notables. Por cierto que a Colombia le cupo buena parte; y a nuestro terruño antioqueño el concienzudo análisis de Gregorio Gutiérrez González, cuyo poema sobre el maíz, tan regionalista y todo, fue traducido al francés, posteriormente, nada menos que por Boris de Tannenberg.

Tal es la historia de este otro descubrimiento de la América por la España literaria. Mas corren años, y en cualquiera inopinado surge en Nicaragua un portalira harto extraño e inquietante; surge como alma de otro mundo. Difundiéndose por el de Colombo, cual ráfaga de huracán, deja algo prendido en todos los espíritus y repercute luego al punto en la Península, con insólita resonancia. Es un ser hierático, finisecular. Nada tiene de americano, como no sea la natalidad; nada de español, como no sea la lengua. Ni la patria ni sus hombres, ni las maravillas de la naturaleza, ni los amores dulces y tranquilos, ni amarguras, ni melancolías, ni los tópicos, ni las tradiciones, ni los motivos, ni los ideales de la lírica castellana en ambos hemisferios le merecen una nota. Si alguna vez mienta el "gran Ande", es por recurso decorativo; si alude a algo de aquí, es por coincidencia remotísima. Su propio nombre, compuesto de dos, es peregrino: el personal, judaico; persiano el de familia. Su misma vida andariega y errabunda es un éxodo curioso y desusado: tan pronto está en América, tan pronto en

Europa. Su valija va repleta de inusitados temas, de mol-des desconocidos, de revolu-ciones. A donde llega se hace sentir en un instante.

Cuatro modos capitales y di-versos componen su lírica: el palatino y el marcial; el des-criptivo y el erótico, sin contar los secundarios e indecisos. Su musa jocunda y capricho-sa, amante de lo fastuoso y de lo raro, de elegancias y exotis-mos, desdeña por ende lo hu-milde y cotidiano, para bus-car inspiraciones en gentes y cosas de alto vuelo. Busca en las consagraciones del arte y la leyenda, en el mito y la historia, en el buen tono y en la moda. Es musa perfumada de ambrosía, vestida de áurea veste, ceñida de preseas. Actúa soberana en salón áulico, en albicante pórtico, en jardines principescos. Watteau, el pintor de pastorales cortesanías, es su mentor, en estos refinamien-tos de su genialidad. Sus héroes son títulos, personajes prestigiosos, herederos presuntos de coronas y hasta emblemas zoológicos.

Le dotó esa musa providente de un Blasón ta-llado en el Olimpo, para que fuera el trasunto y el exlibris de su poeta. Es un prodigio de es-maltes y de heráldica, un mosaico de gamas; mas en él no figura el pálido ebúrneo a lo Mus-set, ni el varón apolíneo a lo Goethe; figura el ave eucarística ungida por el símbolo: “el cis-ne de estirpe sagrada”.

La Pompadour y Eloísa, Margarita Gautier y La Gioconda, son sus amigas predilectas. La vesania romántica de Luis de Baviera, las cor-tes galantes, las leyendas del Rhin y del Danu-bio, los dramas musicales de Wagner le dan asunto y ocasión para desplegar, a su albedrío, los arreos y splendores de realeza. Su ave fa-vorita no es la familiar, que anuncia el día y



Diego Piñeros García. *Paisaje parque de la Independencia*. 9 x 14 cm.
Serie Escuchando a Páramo. 2016

a Galia simboliza; es el ave olímpica de Juno, que irisa el abanico de cambiantes, mientras escancian Hebe y Ganímedes.

No es su danza la tarantela sandunguera, en la terraza de una villa, frente a las costas encan-tadas del Tirreno: es el minué, es la gavota del siglo de Voltaire en logia regia sobre alfombra pérsica, a los haces de fuego de las arañas, en-tre la espuma moza y versallesca. ¡Qué evoca-ción tan bien sentida! ¿Quién no completa este cuadro de amor y galanía? Se ve, se oye por sola sugestión. Se ve cómo las bellas avanzan lentas, pinas en los altísimos tacones; cómo curvan los desnudos brazos cual simétricas asas de jarrón artístico; cómo pinchan con el pulgar y el índice los morros desplegados del tontillo. Se las ve sonreír, hacer mohines, mirar de soslayo a sus galanes. Se ve a estos doble-garse, rendirse amartelados, el ojo refulgente, la diestra sobre el pecho, la izquierda contra el muslo, mientras ondula atrás la falda acampa-nada del casacón mirífico. Se ve irradiar el oro, albear las pelucas empolvadas. Se ve cómo, al gemir y al roncar de violoncelos, sigue y se trenza ese “aire suave de pausados giros”.

“Y la princesa Eulalia ríe, ríe, ríe”.



Diego Piñeros García. *Paisaje de la Sabana*. 9 x 14 cm. Serie *Escuchando a Páramo*. 2016

Sus temas sobre la naturaleza son alegorías de una mente sabiamente loca: son los *Eddar* del Septentrión, los mitos del Mediodía, los gnomos y los centauros; el dios Pan, con sus cuernos y sus pezuñas, con su animalidad fecundadora y palpitante; son los caramillos y las siringas, los genios de la selva y de las aguas.

Su estío es radioso, espléndido, asiático; sus cacerías, entre bosques indostánicos; su cazador, el príncipe de Gales; lo cazado, la tigre de Bengala.

Su invierno, si americano por el contexto, es archirruso por el confort y el colorido. Afuera, ritmos de aguacero, aquilones que braman, pobres que tintan; adentro, pieles y astracanes, fuego que chispea, copas regaladas, humo de vegueros, acaso el calorcillo de la amiga, la boca que se ofrece. Su invierno es un borracho delicioso. Quien lo vive, quien lo siente, habita en el ensueño, mientras las nubes se desatan.

Sus cantos marciales, su trompa épica, son para Cides y Bayardos, para la lucha brazo a brazo, lanza contra lanza, escudo contra escudo, corcel contra corcel; son para Palmerines y Amadisés, aquellos leones acerados de la caballería que se matan por su dama. Sobre ellos

quiere el poeta que descienda la bendición de Dios. Pero estas guerras de ahora, por celos y angurrias comerciales, estas riñas de química y maquinaria, bajo el mar y sobre el cielo, mal podrían impresionar, ¡pese al progreso!, a una musa tan romanesca y adoradora de lo viejo. Quien lo impresiona a maravilla es don Quijote, malferido por flechas de amor y por follones. Sobre el caballero cervantino borda y aljofara arabescos de sutil belleza.

El ritual católico, sus propias misales oraciones y hasta el dogma le ofrecen a esta musa de acendrado paganismo, cosecha ubérrima de símiles y tropos, a cuál más atrevido y más hermoso. Y ¿a quiénes los aplica, sino a las amadas y a las amantes del poeta? Porque este hijo de Epicuro, sólo acepta la religión de Eros, el único creador a quien adora de rodillas. ¡Y cómo! Una de estas amadas es ara, eucaristía y misa, al mismo tiempo; es otra, flor maldita, esencia de pecado que mata o enloquece; estas, soñadoras, estáticas, con alma de abadesa; aquellas, margaritas, que profetizan con los pétalos de su albura satánica. La cuerda del amor, en esta musa del deleite, es una apoteosis de la carne. Será la más hermosa de su lira, tal vez la más vibrante y más sentida, acaso la más bella.

Natural es que esa cuerda exalte y electrice a la juventud de cualquier parte. ¿Qué joven no ve, no se recrea en Rubén Darío? ¡Y hasta los viejos!

¿Cómo no? Nosotros los americanos nacidos y educados en estas democracias tan prosaicas, en este pensar tan rutinario; nosotros, los de estos países aún niños, que, si tienen glorias y urbes de cultura, carecen del prestigio de los siglos, de las consagraciones de los grandes historiadores y de la fama, tenemos por qué pagarnos de este hombre que nos traslada a otro orden de cosas y de ideas, harto diversas a las usadas y corrientes en estas tierras del garbanzo; que aporta y lega al arte universal algo como un Nuevo Testamento. De aquí el que sus compatriotas nicaragüenses lo hayan laureado en sus postrimerías con una verdadera glorificación.

Y no porque sea un profundo pensador, un filósofo en el sentido ideológico del vocablo: su filosofía está en esa forma que sabe adaptarse a cada asunto, ya por la índole del metro, ya por el giro, bien por el léxico, ahora por el movimiento prosódico, ahora por los golpes y efectos. En una versificación tan galana y tan joyante, tan afiligranada y polícroma, como la suya, es para admirarse de que el poeta se sostenga siempre en el seguro del buen gusto y en la sobriedad de la elegancia.

En la prosa y en la crítica también resulta egregio. Sus juicios sobre algunas celebridades, a más de informar y deponer, sobre ellas, con mucha doctrina y sutileza, ayudan a entender mejor esa psiquis tan intangible del poeta. Su libro *Azul*, por su mismo exotismo, y, más que por eso, por su precocidad de forma, es orfebrería de Maestro.

Claro que en un hombre que tanto escribió por compromiso, que vivió de su pluma, que tuvo de cumplir con diarios y revistas, no todo puede ser brote espontáneo de pura inspiración. Tiene, en efecto, algunas piezas flojas y

forzadas. Mas estas en Rubén Darío son como las manchas del sol al medio día.

Muchos volúmenes pueden formarse con lo que sobre él se ha escrito, ya en pro, ya en contra. No conozco, empero, ningún estudio que lo avalúe y lo precise. Labor será esta para un Blanco Fombona, para un Santiago Arguello, si no para algún europeo minervino.

Muy discutido al principio de su carrera, es hoy definitivo; muerto apenas, alumbra en el cénit del Arte cual un cometa misterioso, un cometa que arrastra en su cauda formidable legión ingente de imitadores discípulos.

¿De quién procederá Rubén Darío? De cualquiera, porque nadie hace ni sabe nada por sí solo. Bien pudo depurarse en algunas de las escuelas discrepantes, derivadas de Víctor Hugo, bien pudo seleccionarse en todas ellas. Acaso en Flaubert, acaso en los Goncourt, tal vez en D'Annunzio, tal vez en Góngora; pero su arte es suyo, enteramente suyo, como lo es su alma. Si son magnos los poetas que cantan los dolores humanos, que sufren con el perseguido, que lloran con el desgraciado, lo son también, y acaso más que todos, los que ríen con el feliz, los que celebran la frivolidad del regocijo, los que muestran y predicán la alegría de la vida.

Y en esto está, precisamente, la grandeza del bardo americano. Es la jocundidad de Anacreonte, la juventud que da calor, el rayo de sol que amengua la tiniebla, la misericordia que enjuga el llanto y arranca la sonrisa al labio contraído.

¿Qué mayor gloria cabe en un poeta?

Carrasquilla, Tomás. Texto publicado en *El Espectador*, Medellín, 25 de noviembre de 1922, tomado de *Obra escogida*, selección, prólogo y notas de Leticia Bernal Villegas, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2008, pp- 556-563.